



# WEN-DO

**Patricia Karina  
Vergara Sánchez**

Libro de cuentos liberado// Sólo para mujeres

# ÍNDICE

|                            |    |
|----------------------------|----|
| MALA INTENCIÓN .....       | 3  |
| NANITA CONSUELO .....      | 5  |
| ALEJANDRA .....            | 7  |
| CRIS ESTABA ENFADADA ..... | 8  |
| ROSA INTENSO .....         | 13 |
| DICEN .....                | 15 |
| EL TREN .....              | 16 |
| MUJERES TRABAJANDO.....    | 18 |



**WEN-DO**  
**Patricia Karina Vergara Sánchez**  
pakave@hotmail.com

Diseño editorial y foto de portada: Kitzia Montiel  
kitzia.montiel@gmail.com

Ciudad de México en rebeldía / Año 2017

**Libro de cuentos liberado// Sólo para mujeres.**

“Es una publicación de distribución gratuita. Los artículos son responsabilidad única y exclusiva de la autora y pueden reproducirse citando la fuente.”

## Defiéndete, mujer.

# MALA INTENCIÓN

3

Mala intención, seguramente tiene una mala intención. Es evidente, no hay otra razón por la que me mire tanto. Yo qué culpa tengo de ser más afortunada en todo. Me ha de estar tirando malas vibras, bruja malvada y antipática. Yo soy joven y ella es vieja. Yo soy hermosa, delgada, mis ojos son lindos, mi cuerpo es sano. Completita soy hermosa. Ella es gorda, usa lentes y lo más feo de todo es que pareciera que no tiene cuello, Tan corto es su cuello que se ve como sus orejas están a la altura de sus hombros. Ha de ser un defecto de nacimiento. Seguro fue muy mala en su otra vida y ahora es el karma que le toca. Un espíritu malo. Para colmo tiene tan mal gusto para vestir. Aunque, claro, tan fea cómo le va a importar con qué se cubre el deforme cuerpo.

No hay modo de mejorarla. Además, mientras yo estoy sentada, a ella le toca estar parada aquí enfrente de mí. El vagón va lleno de gente, hace tanto calor y el avance de este tren del metro es lento, muy lento. Seguro hay algún problema en las vías. A mí no me importa tanto, pues no tengo prisa

y voy muy cómoda. Me ha de odiar de tanta envidia esta tipa, qué tanto se queda viendo hacia acá.

Voy a cerrar los ojos, va a creer que me quedé dormida y se va a aburrir de sus miradas inquisitivas. A ver si cuando abra los ojos ya no está. Creo que me quedé en verdad dormida. Debió ser un momento. El tren no ha avanzado mucho. No, no se ha ido la señora esa y me sigue mirando. ¿Quién se cree? Tiene que haber una ley que impida esto. Me molesta. Vieja horrenda.

Se detiene el metro a medio túnel, Se cortó la energía eléctrica. Se va la luz. En el momento de la oscuridad, una mano aprieta mi seno con fuerza. Por un segundo me duele mucho, pero otra mano la retira rápidamente. Cuando la luz regresa, la señora sin cuello tiene la mano de un hombre retenida y doblada, lastimándolo. Mientras el tipo le pide clemencia, ella le grita y lo humilla:

- Estúpido. Te estoy mirando desde hace rato cómo observabas a la muchachita con tus ojos de cerdo. Morboso. Na' mas buscabas la oportunidad para

molestarla, ¿Cierto? Te vengo cazando, desgraciado. -

El tipo chillaba retorciéndose del dolor.

- ¡Vete, imbécil! -

La señora sin cuello suelta al agresor cuando se abre la puerta del tren y el tipo sale corriendo empujando a la gente y alejándose rápidamente.

La mujer sin cuello me pregunta si estoy bien, me dice que me venía cuidando desde hacía rato, cuando el tipo comenzó a mirarme, que temía que me atacara mientras yo estaba dormida. Me sugiere que sea más cuidadosa. Yo le agradezco, de verdad, le agradezco mucho.

Después, lo pienso rápidamente y le digo que si se quiere sentar en mi lugar. Me dice que no, que ya tiene que bajarse y comienza a alejarse un poco.

El tren cierra sus puertas antes de que ella logre descender y se queda forzada a bajar hasta la parada siguiente, minutos después.

Me asusta un poco, no entiendo por qué no se ocupó de bajar a tiempo y siguió cuidándome. Ella se ríe y levanta sus hombros, que llegan arriba de sus orejas en un gesto de "así son las cosas". Me sonrío y se despide moviendo la mano cuando se aleja.

Le doy las gracias de nuevo y ella se va. Yo me quedo muy quieta, mientras las mujeres que viajan a mi alrededor y lo han visto todo, comentan mucho entre ellas.

-Yo, desde que se subió, supe que la señora tenía cara de buena persona-, me dice en alegre confianza la mujer que va sentada a mi lado y lleva una bolsa con comestibles sobre las piernas. Le sonrío, le contesto que yo también, que desde que la miré supe que esa mujer era de buenas intenciones.

Luego, me quedo callada mirando, interesada por los rostros de las otras mujeres que viajan conmigo.

# NANITA CONSUELO

Salgo a escondidas. Abrazo fuerte a mi muñeca con un brazo y mi bolsita de ofrendas cuelga de mi hombro.

Está lloviendo todavía un poco, caen gotas de agua lentas y gordas. Mis pies tienen mucho frío, pero no me puse mis zapatos porque no quería que me escucharan y descubrieran escapando. El lodo es viscoso, lo siento en la piel de mis pies desnudos y piso sin querer algunos charcos que se han formado entre las matitas de hierba. El agua helada salpica la orilla de mi camisón. Paso por entre los árboles bien llenitos de tamarindos colgantes y llego hasta atrás del patio. Aquí está el pozo y me siento en la orilla. Todavía me da miedo, como la primera vez que me contaron que aquí habían encontrado muerta a la niña de Consuelo. Que habían sido unos hombres que andaban en el pueblo, que le hicieron cosas y luego la dejaron ahí, tirada junto al pozo.

Dicen que la familia y los vecinos la buscaron durante días, fueron al río, a la milpa, a los caminos, a todos lados, que ya pensaban que se la habían llevado, cuando alguien vio a lo lejos el color amarillo de su vestidito en el fondo del patio donde nadie había buscado.

Consuelo lloró mucho. La gente creyó que se moriría ella también de tristeza. Pasó días sin comer y sin dormir, nomás aullando hasta quedarse sin voz. Luego todo fue silencio. Su casa cerrada por días, sin recibir vistas, parecía que se hubiera marchado.

Una mañana abrió la puerta y las ventanas, dejó entrar el aire a su casa y se fue a hablar con las mujeres principales. Primero fue por lástima que le dieron permiso, teniendo en cuenta su pérdida reciente, pero luego fue porque se dieron cuenta de que era bueno lo que Consuelo hacía.

Consuelo se llevó a las niñas de Acatlán todas las tardes a un lugar solitario, un descampado oculto por las milpas crecidas, y les enseñó cómo usar palos, piedras, uñas, dientes, lo que fuera para defenderse.

Luego, se dio cuenta de que no sólo había amenazas del exterior, observó como dentro de las casas del lugar también pasaban cosas desagradables y supo que no era suficiente y también llevó a las madres, a las jóvenes, a las abuelas, a todas y así, entre todas, fueron inventando cómo usar el sartén de la casa, la escoba y hasta el bastón con el que se apoyaban las ancianas para caminar, lo que fuera necesario, pero Consuelo estaba decidida a que nunca más quería saber de una mujer maltratada en el pueblo y así fue.

Cada niña nueva que nacía, al aprender a caminar aprendía también que era fuerte y que sus piernas, sus brazos, su inteligencia también servían para que nadie pudiera hacerle daño.

Los hombres primero se asustaron, pero luego entendieron que para ellos y para el bien de todos era importante ese nuevo modo en que se

organizaban las mujeres, como una especie de pacto entre ellas que las hacía fuertes, poderosas y más alegres todos los días.

En este lugar nació yo y nadie me ha agredido nunca. A las niñas y a las mujeres nos tratan con respeto, los hombres y los niños son tranquilos y alegres, entre nosotras también nos respetamos y cuidamos.

Mi cuerpo es fuerte y mis manos son hábiles y sé que si algo me hace sentir en peligro puedo defenderme, sé cómo salvarme y sé que bastará con lanzar un grito, para que cincuenta, cien mujeres poderosas vengan en mi auxilio. Todo esto lo sé, sé también que este lugar es distinto a cualquier otro sobre la tierra y veo que los hombres, las mujeres, las niñas, los tamarindos, la milpa, hasta los animalitos que viven por aquí, se elevan con dignidad, desde la madre tierra hacia el cielo, con orgullo de habitar en este pueblito posible.

Sólo que, a veces, Consuelo, que ahora tiene ya el cabello blanco, se queda quieta ante la ventana y su rostro se pone triste y se pierde su mirada. Entonces a mí me dan estas ganas de escaparme y traer florecitas y dulces de colores como una ofrenda, aquí, a donde sé que está su recuerdo, aquí en donde nació la rabia.

# ALEJANDRA

Mi amiga Alejandra tenía ya una hija, cuando se enteró de su segundo embarazo se puso muy feliz y yo reí con ella.

Tenía una hija hermosa, pronto serían dos; un marido al que amaba con locura; una casa pequeñita, pero que ella limpiaba y decoraba para que se viera linda; apuros económicos, sí, pero iban saliendo poco a poco, como el resto de la gente aquí.

Luego, comenzó a sentirse mal. Los doctores dijeron que se era un embarazo de alto riesgo y requería muchos cuidados.

El marido escuchó la noticia y él tenía algo que decirle a ella: Se marchaba. Con otra mujer, más joven, más guapa y sin achaques.

Yo vi a mi amiga llorar días y días sobre la almohada. La vi verde-amarilla, flaca, enferma. Tuve mucho miedo de que muriera. Vi a su niña triste por un mundo que se había roto y que ella no alcanzaba a entender cómo. Vi a mi amiga parir sin alegría y con escaso sustento. Vi tanto dolor, tanta hambre, tanto cataclismo y mis abrazos fueron tan insuficientes para contenerlo.

Hoy entré a un restaurante y lo veo a él en una mesa con la encantadora nueva esposa.

Está riendo y compartiendo alimentos que mi amiga y sus hijas no pueden pagar.

-Mesero, un café bien caliente, por favor.

Amiga:

Vi la calva de tu exmarido tornarse roja por efecto del calor.

Vi su camisa costosa mancharse irremediablemente de café.

Se quedó pataleando de rabia.

Que a mí qué me importa, gritaba el tipo, si no es a mí a la que le puso los cuernos.

Si no es a mí a la que dejó medio muriendo, si no es mi niña la que lloró su ausencia.

Es una consigna que no entiende él, por supuesto.

-Si hieres a una, nos hieres a todas-.

Alejandra:

Imagino tu gesto de susto y luego, tus ojos risueños cuando te cuente lo que he hecho. Y me alegro, me alegro mucho. Verte una sonrisa vale cualquier costo.

A los seres como éste: Ni perdón, ni olvido

# CRIS ESTABA ENFADADA

Odiaba el agua helada que su casera le escatimaba cuando se bañaba.

Le ensombrecía el ánimo salir tiritando muy temprano a la ciudad acelerada y contaminada de México.

Pero, lo que de verdad le ponía los cabellos de punta y le amargaba la mañana, era el chillido de acoso que le lanzaban los obreros de la industria cercana a donde vivía. ¡Seré perro, para responder a un silbido!

En el metro, tren de transporte colectivo, No faltó el gracioso que, aprovechando la aglomeración mañanera, pretendiera frotar su pene contra las nalgas de Cris -en realidad, contra su espalda, pues Cris es muy bajita-. Ella: a rechazarlo a codazos y empujones, hasta que el tipo se conformó con frotarse contra el portafolio de una chiquilla de escuela secundaria que estaba un poco más alejada. La gente miraba y no intervenía, como ocurre todos los días.

Se hacía tarde y después de colarse por entre las personas que se apretaban hostiles, sin dejarla pasar, logró salir del subterráneo y correr las tres calles que faltaban.

Despeinada, con la pintura de labios corrida, un diente manchado de esa misma pintura y la blusa arrugada; llegó al Instituto de Escritores donde tomaba un curso que la llevaría -según ella- a ser un día, la gran escritora que América Latina y el mundo esperaban.

Algunos de sus compañeros sonrieron, amables, cuando vieron llegar a Cris. Atolondrada y hecha un

lío, justo a tiempo, antes de que el profesor estricto cerrara la puerta y comenzara la clase.

Cris lo detestaba pues era un profesor al cual le encantaba admirar a las mujeres que portaban falda corta y no se cansaba de elogiarles su feminidad, pero, nunca las elogiaba por buenas calificaciones. También gustaba de hacer enrojecer a las alumnas, acariciándoles suavemente los hombros, el brazo o el cuello, cuando entregaba evaluaciones por escrito. Nadie se quejaba, pues era uno de los más afamados instructores del curso. A Cris, quien no usaba faldas y no permitía que la tocara, ni era nada amable con él, apenas le tomaba en cuenta sus escritos, pero ella no tenía nada que opinar. Lo único que deseaba en todo el mundo era escribir y ella escribía, escribía y re escribía esperando un día obtener comentarios favorables, becas, la publicación de sus libros, todos los premios del país. Escribir, escribir. Sentía que había tantas cosas que quería decir, hacía falta aprender cómo decirlas y para eso asistía todos los días a ese lugar.

Sin embargo, Había algo en la mente o en el corazón o, más exactamente, en el vientre de Cris. Había algo que se comenzaba a contraer.

Tal vez fue la lista de autores que les dio el profesor para ese período: Los mejores autores de América Latina, según el profe. Quince nombres y obras para adquirir.

Cuando una de las alumnas le comentó que no había ninguna autora en la lista, él respondió que no hay mujeres en América que sepan escribir; que no había producción reciente de mujeres que valiera la pena. Podía concederles el favor de hacer

una lectura de Rosario Castellanos como la más reciente –Hace más de cuarenta años, aclaro riendo - y lo haría únicamente por gentileza de género.

Al mirar la furia en algunos rostros femeninos, el profesor se apresuró a aclarar: -No es sexismo ni burla, mi comentario es un desafío. A ver si ustedes son lo suficientemente buenas como para cambiar esa realidad. - Silenció con rudeza:

-Recuerden: No existe literatura de hombres o literatura de mujeres. Sólo buena o mala literatura. En lugar de quejarse, pónganse a escribir. A ver si consiguen hacerlo bien-. Así evitó quejas.

No recuerda Cris si fue a partir de ese día o si fue en la primera contracción en el vientre, que comenzó a notar cómo el maestro demoraba más tiempo y ponía más atención en la evaluación oral o escrita a los textos de los compañeros.

-Felicidades, compañero Juan, muy buen trabajo-

Mientras que, a las alumnas prácticamente las ignoraba-

-Señorita Ruiz, no se distraiga.

La náusea también pudo haber surgido días antes, cuando Cris vio en televisión el escándalo que se armó, ya que el Instituto de Escritores retiró una beca a una joven escritora porque estaba embarazada. Como si esta mujer escribiera con la barriga. Consideró, sin poder evitar preguntarse qué ocurriría si ella también se embarazara y decidiese tener al hijo. Pensó mucho en ello. Pero, por medio a represalias sobre su beca, no se atrevió a hacer algún comentario, como tampoco comentaron nada sus compañeras de clase.

Lo que si recuerda es que se hartó cuando al ir distraída caminando por la calle, no pudo evitar que un tipo metiera la mano entre sus nalgas y se alejara riendo triunfante, junto con un grupo de tipejos que miraban a cierta distancia.

Lo cierto, es que la opresión en el centro del vientre comenzó a disminuir cuando pudo escribir sobre ello. Esa tarde llegó a casa y se sentó a teclear.

Un cuento de alivio, desahogo. Sesión de terapia particular.

En la fantasía, Cris salía como cada mañana de su casa. Respiraba a fondo antes de cerrar la puerta y,

esta vez, iba llena de fuerza. No hacía oídos sordos a los obreros de la fábrica, si no que sacaba un arma del bolso y los obligaba a disculparse de rodillas.

Qué placer imaginarlos temblando del susto, pensando: “Ora, está vieja loca, si Na´mas la chuleábamos”.

Cris se emocionó cuando podía escribir todos los insultos que se le ocurrían. Bálsamo para la dignidad maltrecha.

- Ora sí, pinche pendejo. De rodillas, cabrón.

Disfrutaba cada letra escrita, asentía acercándose más al teclado.

- Tú también. Pide perdón, desgraciado, pedazo de mierda.

Un desagravio.

- ¿Ya te orinaste del susto? Qué bueno. ¡Idiota!

A ver si con eso volverían a molestar una mujer en su vida. Pensaba ella.

Cris, los dejaba así, de rodillas y temblando. Sujetos a la curiosidad de quienes los miraban en la calle, orinados y pálidos del susto. Nunca más le silbarían al pasar.

En el Metro, buscaba a uno de tantos acosadores que abundan en esos trenes. El arma de Cris lo encontraba:

- Imbécil, desgraciado. Ahora sí. De rodillas y quieto, que me toca la mía.

Cris, gritaba y permitía que todas aquellas mujeres que habían sido agredidas por ese, o por cualquier otro hostigador en el transporte público, pudieran darle un mamporrazo, hasta que ese hombre, enrojecido a golpes, maltrecho y asustado, juró no volver a hacerlo.

Cris dejaba arrodillado, y a merced de las otras mujeres, al agresor. Guardaba su pistola en el bolso. Salía del Metro, y se iba tranquilamente a comer un helado.

Cuando puso punto final a su texto, Cris, se sintió tranquila y contenta: ¡Qué liberador! Se relajó y se fue a dormir pensando que ya le había pasado el enfado.

Al otro día presentó el relato a evaluación. Estaba alegre. Aun cuando el profe no le iba a poner mucha

atención, o le señalaría los errores de sintaxis por escrito y nada más, le parecía un ejercicio divertido y tenía ganas de compartirlo con la clase.

Grave error.

Cuando terminó de leer; el grupo la miraba en silencio. El profesor tomó aire y lanzó una larga, muy larga, disertación sobre la violencia de algunas feministas amargadas que odiaban a los hombres y los peligros de imitar ese género tan pasado de moda.

-No odio a los hombres yo, estaba...- alcanzo a decir Cris, antes que la interrumpiera otro alumno hablando de forma enredada y asustada sobre la ética del escritor y sobre el respeto al lector. Imitadora del Psicópata Americano, la llamó.

Cris enmudeció. La clase ardía. Alumnos y alumnas estaban ofendidos. Algunas alumnas plantearon su inconformidad con el texto. Estaba mal la psicología del personaje, ¿Qué mujer hablaría así, con tanta vulgaridad? Ninguna mujer sería tan violenta, ni escondería en ella misma tanto odio a los hombres. ¿Estaba segura, Cris, de no ser lesbiana reprimida?

Alguna otra, se atrevió a recordar la libre expresión de ideas y la injusticia de reprimir la idea en lugar de analizar el texto. Sin embargo, al percibir la mirada de otros alumnos, se apresuró a agregar que estaba de acuerdo en que la psicología del personaje estaba equivocada, pues las mujeres no se comportarían así. Ni hablarían tan vulgarmente. No creía que Cris fuera lesbiana, sólo que no sabía encausar su enojo.

La clase se venía abajo con la molestia desatada.

El profesor, al ver la polémica, decidió trabajar el texto, y la mentada psicología del personaje, al final de la clase y continuar con las evaluaciones de otros escritores. Cris permaneció en estado de choque y sin reaccionar el resto de la sesión.

El relato de Cris no se trabajó al final de la clase, pues se agotó el tiempo. Se dejaría para el día siguiente.

Cuando Cris se retiraba, el profesor la llamó en privado, muy amigablemente.

-No te lo tomes a pecho. Un error lo comete cualquiera. Sigue esforzándote y verás cómo mejora la calidad de lo que escribes. Te entiendo. Hoy está de moda hablar de esas cosas de justicia para mujeres, de equidad de género, y te extralimitaste. No es tan grave.

El profesor acarició suavemente la mejilla de Cris hasta llegar a la barbilla y sostenérsela para obligarla a mirarlo a los ojos.

- Ahora, dame una de tus sonrisas tan sexys que tienes y estamos en paz- dijo con ternura paternal y comprensión.

Cris salió con la sensación de la mano del profesor escociéndole en la barbilla y la indignación ardiéndole en todo el rostro. Al caminar por la calle esa sensación de angustia en el vientre llegó al punto máximo y casi la dobló de dolor, de ardor. Nausea. Qué pasaba, qué pasaba, Qué era aquello que no sabía cómo nombrar. Si quería seguir escribiendo, tenía que resolver el enigma. Cómo funcionaba esa lógica secundaria, encubierta, que nadie le había explicado antes. Qué leyes la regían y cómo podría continuar escribiendo a partir de esta comprensión.

Toda la noche se pasó dando vueltas en la cama tratando de entender. Hasta bien entrada la madrugada logró la comprensión. Entendió, y lo asumió.

Fue a vomitar a la taza del baño y regresó a la cama para reflexionar: Lo asumió todo a fondo, no sin cierto dolor. Fue perder la inocencia. El mundo es como es. Tiene un orden definido, y si no puede ser cambiado, ella tendría que cambiar.

Decidió el cambio y tuvo miedo.

A la siguiente clase, Cris llegó primero que nadie. Muy arreglada, peinada, labios bien pintados y la blusa recién planchada, falda corta, impecable. Muy amable, sonreía a todos y su sonrisa fue más amplia cuando llegó el profesor. Comenzó la clase con el análisis previsto del relato.

Cris pidió la palabra, al mismo tiempo que colocaba una hoja de papel sobre la mesa, y con toda dulzura, voz chillona de niña pequeña, comenzó a exponer su intención:

-Quisiera poder abordar un poco de la psicología

del personaje, que ayer fue señalada. La he revisado toda la noche. Si me lo permiten, procedo a explicar, para que el profesor pueda realizar la evaluación correspondiente.

La clase entera sonrió, presintiendo la reconciliación con su compañera.

El profesor no sonreía si no que miraba las piernas flacas de la alumna que se conranciaba.

Cris abrió su morral. Sacó su arma, apuntó al profesor y gritó con voz potente, firme y disfrutando cada palabra:

-Ahora sí, cabrón, pedazo de mierda. Ven, y sonríe sexy, tú para mí.

Profesor y Alumnos quedaron petrificados.

-Colócate aquí en el centro del salón, idiota, pendejo. Sonríe muy sexy a toda la clase.

A empujones y amagos de pistola lo colocó donde ella quería.

-Sonríe y pobre de ti si dejas de sonreír.

Disfrutaba el ridículo del educador patán.

Los ojos de miedo de los alumnos eran enormes y llorosos.

-Con uno o una que se mueva, le disparo-

El hombre, amarillo de miedo, obedecía.

-De rodillas, señorito, pedazo de excremento misógino y sexista. De rodillas, y ahora dime tú si mi personaje no puede hablar con vulgaridad, si mi personaje no se puede hartar, si mi personaje no puede explotar.

El profe sólo atinaba a sollozar.

-Sí, sí, sí. Hay personajes con esa formación Psiqui...psicológica. Sí puede ser-.

Cris tiraba de la tela y desnudaba las piernas del hombre jalando con una mano, mientras con la otra continuaba apuntando.

-Quítatelo, pronto, ya. Ahora, vuélvete a arrodillar.

Me permitiré palparte el rostro y manosearte el cuerpo, para que sepas cuán tolerante soy con tus errores.

El profesor gritó de terror cuando ella acercó su mano para tocarlo, pero ella apenas lo rozó, disfrutando del temor que provocaba.

Cris tomó la hoja que había colocado sobre la mesa y, sin dejar de apuntar con la pistola, saco un chile masticado de su boca y obligó a que otro alumno pegara la hoja con el chicle en la cabeza medio calva del profesor.

-Toma esta lista, hombre. Escritoras que han publicado recientemente, sólo de este país. No hice la lista de toda América, pues un librito entero habría tenido que llenar y eso me habría obligado a sostenerlo con tachuelas o clavos en tu frente y la sangre mancharía los nombres de las escritoras. Sería de mal gusto. Pero, te muestro la lista ante tu ignorancia, para que luego no digas que las mujeres no escriben en América o en el mundo-.

Mocos escurriendo de la nariz del profesor silencioso.

-Ya déjalo. Probaste tu punto, es un cerdo- se atrevió a intervenir otra alumna.

-Pero, si todavía no término la exposición. ¿Cómo me va a evaluar éste? ¿Le ayudo, le sugiero la evaluación? - contestó Cris.

-Puedes escribir así tu evaluación, profesor: La personaje respetó su psicología original: la de mujer furiosa. La autora definió a su personaje con palabras clave, entre ellas la de dignidad. Palabra muy de mujer, por cierto. Sin embargo, mientras ocurre la trama, la personaje vive serias dificultades para poder hacer realidad la palabra ya mencionada. Así que, la autora de la obra se vio forzada a resolver el conflicto haciendo a su personaje tomar una postura radical-.

Cris ríe, está tranquila y sigue. - ¿Qué tan radical? ¿Acabar con todos los machistas de este salón? ¿La castración? (se escuchó el sollozo de un alumno, mientras otros encogieron las piernas tratando de proteger sus genitales y Cris sonrió.) Había que escoger entre finales posibles varios, pero... no se dice el final, hasta el final.

Cris se lame los labios con gesto de gata satisfecha, y continúa su auto evaluación:  
-El gran defecto del texto es que no es un planteamiento original, pues la escritora repitió la fórmula que ya explotaron tantas otras autoras. Autoras que se declararon hartas.

Cris, concluye: -Usted dirá, profe, califique mi relato como lo quiera calificar.

Cris colgó de su hombro el morral y se acercó a la puerta sin dejar de apuntar al profesor, mientras los de la clase seguían convertidos en piedra.

Cris respira profundamente y sonríe mientras apunta con cuidado a la cabeza del tipo.

Algún alumno contiene un grito.

-El final, también es poco original, ya había sido contado: Renuncio a esta clase y a este lugar y me voy contenta, nada más por el gusto de dejarte a ti, Señor Misoginia; de rodillas, en calzoncillos, y con los mocos salidos, y por no tener yo que volver nunca más por aquí.

Cris sólo se marchó.

Se fue a tomar un helado, y pidió que el helado fuera doble para festejar el seguir escribiendo. Pero, a otro aire y a otras formas.

Cris ya no estaba enfadada.

# ROSA INTENSO

Era rosa intenso el color de tu vestido. Tenía tiras azules y amarillas bordadas sobre la tela que delineaban tus hombros y la orilla de la larga falda.

En medio de la aglomeración de los andenes del metro, un viernes de pago, a la hora de salida de los trabajos y con una lluvia terrible que tenía detenido el tráfico de la ciudad, parecías aislada de los demás. Mientras el resto de los pasajeros que esperábamos la llegada del tren estábamos llenos de sudor, con la ropa arrugada y el cabello despeinado, empujándonos unos a otros; tú estabas serena, con el vestido impecable, parada, esperando, sin mirar a nadie.

Me acerqué a ti, me coloqué cerca de la orilla del andén. Cuando llegara el tren seríamos las primeras en entrar y quedaríamos al fondo del vagón, así, en mi caso, evitaría a los tipos que a veces tocan los cuerpos de las mujeres. No sé si tú pensarías lo mismo. Miré que el pañuelo rojo que cubría tu cabello largo estaba algo deslavado por el uso. Miré tu rostro de cerca, tu piel muy morena, tus ojos muy serios. Nos sonreímos con complicidad de quienes ya saben lo que significa enfrentarse al transporte urbano.

Por fin llegó el retrasado tren. A pesar de que se trataba la sección destinada sólo a mujeres y niños, cuando estábamos a punto de pasar, un grupo de hombres llegó corriendo desde atrás del andén y nos hizo violentamente a un lado, ellos entraron al vagón, ocupando todo el espacio y la

puerta se cerró, sin dejarnos entrar. Nos miramos desconsoladas mientras el tren se alejaba.

Una anciana se integró a nuestro grupo de espera. Otro tren llegó y, nuevamente otro grupo de hombres agresivos nos hizo a un lado, a pesar de ser las primeras en espera. La anciana se enojó y les gritó que eran unos abusivos, pero ninguno se dio por aludido. Parecía que sus deseos de llegar eran más importantes que los nuestros.

Nos miramos cuando llegaba el siguiente tren. Instintivamente, tú y yo pasamos un brazo protector sobre la anciana y la colocamos en medio de nosotras y resistimos el embate de los machos. Logramos entrar al transporte, aun cuando inmediatamente, tras nosotras, una fuerza de gente entrando nos aplastó al final del vagón. Las risas masculinas me hicieron saber que les parecía divertido empujarnos y hacernos ocupar el más mínimo espacio en el vagón destinado por una política pública a nosotras.

Las tres estábamos casi una encima de otra, yo no podía ver, al principio, tu rostro ni el de la anciana porque veníamos sosteniéndonos en el trayecto como podíamos pues no teníamos acceso al pasamanos. Yo me equilibraba poniendo una mano en la pared y otra en tu hombro. La anciana cambiaba una y otra vez de postura, buscando equilibrio para no caer. Tú tenías ambas manos en la escalera de emergencia, adosada a la pared. Finalmente, nos resignamos, esperando que el tren nos llevara a nuestro destino.

Vi tus ojos abrirse enormes, vi tu rostro tronarse rojo, vi tus labios contraerse de rabia. Algo pasó en tu cuerpo, algo hicieron en tu cuerpo. Te diste vuelta con una fuerza increíble, ocupando un espacio que parecía inexistente y diste con el puño en la mandíbula a uno de los hombres que estaba atrás.

Cuando pasó el primer segundo del aturdimiento, el tipo chilló:

- ¡Está loca! ¡Está loca!

Los cuatro hombres que estaban ahí se rieron, risa cómplice.

Tú gritabas insultos en tu lengua, tan expresivos que no requerían traducción.

La anciana, digna, interpelló a los otros:

- ¿Qué les parece tan gracioso?

El hombre que recibió el golpe, cara grasosa, llena de granos, se repuso y te dio un empujón:

- ¡India tarada!

Mi bolsa tenía libros dentro y un cepillo de plástico que sonó crac al romperse cuando se estrelló en su cabeza:

- ¡Cínico, acosador, no está sola!

La abuela también tenía una bolsa y con ella le daba golpes en sus brazos con todas sus fuerzas.

- ¡Ora, ora, bájenle pinches viejas locas!

El acosador comenzó a retroceder, lentamente,

buscando esconderse entre la gente.

Una señora desde atrás lo alcanzó con una chancla que quién sabe cómo logró quitarse:

¡Sinvergüenza, desgraciado!

Se abrió la puerta, el metro había llegado a una estación. El acosador despeinado, golpeado, pellizcado por otras mujeres y escupido por una adolescente cuando pasó cerca de ella, bajó corriendo y gritando insultos.

Las miradas de más de cincuenta mujeres viajeras en el vagón confluyeron automáticamente en los otros hombres que ocupan el vagón destinado a las mujeres. Estábamos furiosas. Comenzaron a moverse y los empujamos para apresurarlos, todos nuestros gritos juntos: - ¡Fuera, fuera, fuera!

Se cerraron las puertas automáticas del vagón y avanzó el tren.

Estábamos libres de ellos, más cómodas y decididas a defender nuestro espacio.

Tú me sonreíste y yo te dije:

- ¡Qué lindo tu vestido!

El brillo en tus ojos me dijo que nos entendíamos.

# DICEN

La cabellera larga y revuelta, los ojos abiertos, como incrédulos, y los labios murmurando palabras incomprensibles. La mujer estaba tendida en el suelo y su mirada no enfocaba nada. Parecía que un espasmo la recorría. Parecía que agonizaba...

Dicen, que se cansó de ser humillada en público, los vecinos muchas veces habían sido testigos. También hay quienes opinan que no pudo soportar más los golpes del marido. La vecina de al lado cuenta que lo que más le dolió a esta mujer fueron las infidelidades y la deslealtad constante. La tendera, que tantas veces tuvo que prestarle a ella las viandas, piensa que lo tacaño de ese hombre también hizo lo suyo.

Cualquiera que fuese la razón, esa mañana llegó un camión de mudanzas y se llevó todo. Desde los libreros, hasta los gatos dormidos en sus canastillas de viaje.

Los vecinos observaron atentos el ir y venir de cajas y paquetes. Algunos escandalizados, otros con semblante serio. Muchos preocupados por en qué acabaría aquello.

Cuando el camión de mudanzas se hubo marchado, la mujer cerró puertas y cortinas, para cumplir su rito secreto.

Su amiga la ayudó a tenderse en el piso.

...Fue el comienzo del juego de caricias y besos.

La cabellera larga y revuelta, los ojos abiertos, como incrédulos, y los labios murmurando palabras incomprensibles. La mujer estaba tendida en el suelo y su mirada no enfocaba nada. Parecía que un espasmo la recorría. Parecía que agonizaba.

La boca de su amiga sobre su sexo era una y otra vez el camino íntimo a su paraíso.

Sus piernas eran la puerta que se abría, que cedía la entrada al universo nuevo.

Jugaron, se abrazaron, se quisieron hasta que se hizo la tarde.

La mujer risueña y relajada tomó de la mano a su amiga. Salieron de la casa. Pusieron el cerrojo a la puerta y arrojaron la llave a donde fuera.

Los vecinos estaban ahí, mientras ellas tomaban el auto y se marchaban agitando las manos con alegres despedidas.

Dicen que cuando llegó el marido, los vecinos trataron de simular; aparentando sacar la basura, regar el jardín o estar en animada charla. Pero, según cuentan, no pudieron evitar sonreír mientras él recorría el cerrojo y abría la puerta de la casa vacía.

# EL TREN

Él la miró pensando en ¿Cuánto podía valer? No tenía más de 17 años, vestía una falda corta color rosa mexicano, una blusita negra, muy ajustada, con la imagen estampada de una muñeca de trapo que simulaba tener lágrimas en los ojos. En el cabello muy negro llevaba un moño grande y ridículo, también color rosa mexicano. Muy a la moda Indie, pero también, involuntariamente muy sensual, los ojos cerrados, inclinada hacia atrás, la cabeza recargada en el respaldo, como desafiante y con los ojos cerrados. Iba en el asiento al final del pasillo. Era de las últimas pasajeras que quedaban en el último recorrido que hacía esa noche el tren urbano. Estaba profundamente dormida y su cabeza se balanceaba al ritmo del movimiento del transporte. Él se dijo que estaba probablemente borracha, Le pareció notar que olía a alcohol y a sexo.

En el interior del vagón sólo quedaban una mujer en un asiento alejado, en el frente del vagón, muy ocupada en su lectura; la Indie y el sujeto que continuaba observando a la chica.

La mujer que leía parecía no querer saber nada del mundo alrededor y se recargaba en el hueco de su asiento, haciendo pared con el libro. Su mensaje parecía ser: yo no estoy aquí.

El sujeto consideró que estaban prácticamente solos. Cada tantos minutos el tren se detenía en alguna estación y se abrían las puertas un tiempo programado para el ascenso o descenso de pasajeros, pero al ser ya casi de madrugada no había flujo de personas.

Quedaban unos 20 minutos de trayecto. Si iba a actuar, tendría que ser en ese momento, se dijo ese hombre, Poder disfrutar de una golfa así, buenota, dormida y a su disposición era una oportunidad de oro que no podía desaprovechar.

Se paró a su lado, asegurándose de que la mujer que leía sentada de espaldas a ellos y en el frente del vagón, ni se enteraba. Sacó su pene que ya estaba tieso y quedaba a la altura de la cara de la chica, se la acercó a los labios y ella no reaccionó.

Aprovechó para sacar su teléfono celular y tomar unas cuantas fotos de su pene en la entrada de la boquita color fresa. Pensó en lo que haría con las fotos:

“Esa puta va a encontrarse con su rostro en Internet, en un anuncio de prostituta profesional.”

Luego recorrió con la punta de su miembro la cara y el cuello de la joven y estaba decidiendo entre en la posibilidad ponerla en los pechitos que se adivinaban, muy suaves bajo su playera ajustada, o levantarle la falda y gozar entre sus piernas y tomarle unas fotos con su sexo expuesto en pleno vagón del tren urbano. Seguía imaginando: “Tremendo álbum de fotos le iba a armar a la zorra esta. Tal vez podía luego hacerle un chantaje y convertirla en su esclava sexual. ¡Qué golpe de suerte, haberla encontrado!

Se decidió por levantarle la falda. Mientras tomaba fotos con el celular en una mano, con la otra tomó la tela y la fue subiendo muy lentamente, descubriendo unos muslos bien formados y de un color tostado que mostraba lo bien ejercitada que estaba. Exclamó en voz baja ¡la muy puta no tiene ropa interior! No podía creer su suerte y, además, ya estaba casi encima de ella y no despertaba, qué borrachera o pasada traía la chamaca. No pudo resistir y se agachó acercando su rostro al sexo desnudo.

Una sombra borrosa y anaranjada le hizo perder la vista, cuando la recuperó quedó aturdido por la luz intensa que despedían las lámparas del techo del vagón. Escuchó como una bota de mujer pisaba su teléfono celular que había salido volando con el impacto hasta hacerlo pedazos. Se dio cuenta de que su nariz sangraba y en su boca había un diente desprendido.

Dos rostros le miraban con furia y él, desde el piso, sólo gemía.

Lo que ocurrió fueron tres actos concomitantes: En el momento en que él acercaba el rostro al sexo

de la joven ella levantó la pierna y con un golpe de wendo le golpeo el rostro con la rodilla, en el justo instante en que la mujer que leía traía su grueso tomo, de seiscientas páginas, y lo arrojaba con fuerza sobre la cabeza del agresor.

Luego, ambas lo patearon arrojándolo hasta la orilla del vagón en donde él recuperó un poco la conciencia, sólo para alcanzar a mirar los rostros desafiantes de las mujeres en el momento en que se abría la puerta en la estación y ellas lo llenaban de insultos y lo pateaban nuevamente para arrojarlo del vagón, sangrando y semiconsciente, dejándolo tirado en el piso del andén.

Cuando se cerraron las puertas ellas hicieron gestos de adiós:

- ¡Púdrete!

Una se volvió hacia la otra:

- ¿Estás bien?

-Estoy bien.

Una de las mujeres guardó su libro en el bolso, y abrazó a la otra y le sonrió arreglando un poco el moño rosa que se había desacomodado

# MUJERES TRABAJANDO

(Mujeres en silencio, trabajando con telas en máquinas de coser, mientras Luis lee un periódico con la portada de una mujer desnuda en él)

Reina- Por favor, puedo ir al baño, Don Luis.

Luis-...No.

(Reina sigue su labor por un rato)

Reina- Órale, Don Luis, deme chance de ir al baño.

Luis-...No. Ya saben que no hay permisos

Reina- De verdad, de verdad, necesito ir al baño.

Luis- Bueno, pero nada más te tardas y te lo marco en la tarjeta para que te descuenten.

(Pasa Reina junto a él para salir)

Luis- Rápido, mamacita, a ver si mueves más las patas.

(Reina camina hacia la salida y Luis mirándola por atrás de arriba abajo deja su periódico y la sigue mientras las otras continúan laborando)

Juli- Mira, Concha, seguro que la sigue pa invitarla al baile de en la noche o igual, se la echa ahí mismo en el baño. Se le notan las “ganotas” que se carga el muy cabrón.

Concha- Sí, le encanta meterse con las nuevas, con las que se dejan, pero con esta no se le va a hacer. No la estás viendo toda seriecita, ni rompe un plato.

Juli- Pues, mosca muerta ha de ser. Así, las que se ven más santitas son las que luego andan de locas.

Susana- Santa, pura, virgen y mártir, pero bien que

trae la falta rete corta, ¿no?

Ale- ¡Qué criticonas andan, Susanita, eh!

Susana- Yo no más digo

Juli- Ya sabes que es puro cotorreo, que lo decimos de pura broma. Si la Reina nos cae rete bien. ¿Qué les parece si descansamos un rato?

Susana- Sí, al cabo se la han de estar pasando bieeen suave en el baño

Ale- Ya ni la burla perdona, Susanita, pa´mi que usted anda celosa de que el Luis ya ni le tira un lazo, eh.

(Juli se levanta de su mesa de trabajo y lo mismo hacen las demás que se ponen a charlar en un aparte. Juli toma el periódico del supervisor).

Concha- ¿Qué lees tan seria, manita?

Juli- Pues aquí, la noticia de que encontraron a otra mujer asesinada en el Estado de México, que la habían torturado, violado y la tiraron en un basurero. Ya van tantos años y no pueden detener a los asesinos y las siguen matando.

Concha- Qué bueno que aquí, en esta parte del país no pasan esas cosas, ¿Verdad?

Ale- ¿Qué cosas?

Concha- Pues eso, de que maten mujeres, de que les hagan cosas feas nada más por ser mujeres

Ale- Pues igual, exactamente igual, no; pero a mi vecina le llegó el marido borracho a las dos de la mañana y se puso a golpearla con un martillo nomás que porque no estaba despierta

esperándolo. La mató y la encontraron sus hijitas, toda ensangrentada.

Susana- ¡Ay, mana!, no hables de esas cosas horribles. Nadie quiere saber esas noticias. Eso nomás lo hacen los borrachos, los locos, no los hombres comunes y corrientes. No lo hacen los hombres que vemos todos los días. ¡Tú ni veas esas cosas que nada más te asustan y no te dejan ser feliz! (Le arrebató el periódico y lo deja en el lugar de Luis)

Juli- Oigan, como que ahora sí ya se tardaron mucho, ¿no?

Ale- Sí, ya tiene como 20 minutos que se fue Reina y el tipo ese atrás de ella.

Susana- Yo si la denuncio, que le descuenten toda la hora si se tarda más.

Juli- Deja lo del descuento. Hace días que la tiene asoleada, la sigue y la invita y se enoja porque ella no le suelta ni media palabra. Qué tal que de verdad Don Luis le está haciendo algo allá en el baño.

Susana- ¡Ni lo mande dios! No digas eso.

Juli- ¿Vamos a ver? Acuérdate que ya van dos chamacas que nomás duraron un ratito trabajando aquí porque Don Luis se las llevó a la oficina, disque a firmar papales y después de ir a la oficina se fueron luego, luego y una se fue llorando ¿Ya se te olvidó?

Susana- No, cómo se me va a olvidar si acaba de pasar. Una hace como 10 días y la otra la semana pasada, pero qué tal que se enoja Don Luis y nos quita la chamba por interrumpirlo.

Juli- ...pero, qué tal que de verdad le está haciendo algo a Reina.

Susana- ¿Y si nos corren del trabajo?

Ale- Yo tengo dos chavitos que mantener y tú tienes una casa que mantener, Juli. Piensa en eso.

Susi-... y estamos a mitad de quincena, todavía faltan como siete días para que nos paguen, así que no te metas.

Juli- ... Pero y si le está haciendo algo, a poco podemos quedarnos sin ayudarla.

Susana- Cómo crees, Don Luis es bien perro y así es con todas las nuevas, pero es alguien a quien conocemos, ¿cómo crees que se va a pasar de listo? Además, si a ella no le gusta, pues que no use faldas tan cortas o que se cambie de trabajo.

Ale- ...Pues, Susana, tú no deberías decir eso. Acuérdate que cuando eras nueva aquí, también te molestaba Don Luis. Te decía que, si salías con él que te iba a poner el horario menos pesado, que te iba a comprar ropa bonita, que te convenía y tú casi muerta del asco cuando te hablaba a dos centímetros de tu cara. Decías que su aliento olía a podrido, que nunca se lavaba los dientes. ¿Ya no te acuerdas?

Concha- Es cierto, Susana, y el día que le diste una cachetada porque te agarró las nalgas, casi te corre. De no ser porque Juli se puso a rogarle para que te quedaras, te hubiera puesto en la calle. ¿No te acuerdas?

Ale- No discutan. Mejor hay que pensar rápido. Ahora sí ya se tardaron mucho. Yo voy a ir a ver, no me tardo.

Susana- (Detiene a Alejandra) Si le hace algo de qué nos sirve ir. ¿Quién lo va a detener, tú o yo? Mírate, tú estás toda flaca, débil, tienes una panzota de embarazo y yo tampoco me voy a poner en peligro. Es un hombre y es fuerte, ¿a poco crees que puedes con él?

Concha- Pero si lo vemos, lo podemos denunciar a la policía.

Juli- ¿A la policía? ¿Y quién va a creerte? ¿Cuándo nos han creído a nosotras? Acuérdate lo que ha pasado con las que han querido hacer un sindicato aquí. Las acusan de robar una tela, unos hilos y las meten a la cárcel. Los de la policía siempre les creen más a ellos que a nosotras.

Susana- Por nosotras ni quien dé un quinto.

Concha- Seguro la gente, la policía, todo el mundo van a decir que ella lo provocó, siempre nos culpan a las mujeres.

Ale- ¡Listas muchachas, creo que ahí viene!

(Todas corren a sus lugares y parece que van a comenzar a trabajar. Se escucha el azotar de una lámina y el correr de cerrojos)

Ale- No, no venía para acá, sólo cerró la puerta de atrás.

Juli- ¿Qué?

Concha- ¿Por qué?

(Todas se miran entre sí y corren hacia la puerta y la intentan abrir. Golpean y patean la puerta)

Ale- Nos encerró. Tiene puestos los candados. Estamos atrapadas hasta que a Don Luis se le dé la gana.

Susana- Faltan tres horas para el descanso, quién sabe si en tres horas se le dé la gana venirnos a abrir. Nos encerró.

Juli- ¡Maldito, cabrón desgraciado!

Susana- Nos encerró.

Concha- Juli tenía razón, le va a hacer algo a Reina. Ya ha hecho muchas cosas y siempre se sale con la suya.

Juli- ¡Pinche pendejo, desgraciado!

Concha- Le va a hacer algo a Reina y ni cómo ayudarla.

Ale- Ni gritando, aquí encerradas en la fábrica quien nos va a oír.

Juli- Desgraciado, maldito, pendejo. (Gritando) ¡Déjela tranquila, lo voy a denunciar! ¿Me está escuchando? Déjela. ¿Me oye, imbécil?

Susana- Ni te esfuerces, Juli, ¿No lo ves? ¿No te das cuenta? Nadie nos escucha. No importa cuánto grites, nadie nos escucha.

(Todas patean la puerta, le dan de puñetazos, gritando que las saquen y después va Juli a sentarse en el piso frente a las maquinas, esconde el rostro entre las manos, luego va Ale y se sienta

junto a Juli)

Concha- (Corre a una ventana) ¡Ayuda! ¡Por favor! ¡Estamos encerradas! ¡

Ale- (Fastidiada) Nadie nos escucha, Concha, nadie, entiéndelo

Concha- (Resignada se sienta en semi círculo con sus compañeras). Estamos atrapadas hasta que a Don Luis se le dé la gana soltarnos

Susana- (Va hacia su máquina y se sienta) Deberíamos volver al trabajo. Nos van a regañar si no entregamos trabajo terminado. (Apenas voltean las otras a mirarla)

Julia- Estúpido, patán, nos encerró para que no pudiéramos decirle a nadie.

Susana- No, Juli, nos encerró sólo para que no lo molestáramos, para que no lo fuéramos a interrumpir. A Don Luis no le importa si le dices a alguien. ¿Crees que alguien le importa lo que tú digas?

Concha- Nunca, nunca a nadie le ha interesado. Aunque lo gritamos todos parecen estar sordos.

Cuando yo era más joven, en mi escuela había un hombre encargado de la vigilancia, de que los estudiantes nos condujéramos con orden en la escuela. Él siempre miraba mis senos, o mis piernas, me tocaba la mano o me abrazaba por más que yo trataba de evitarlo. Les dije a mis maestros, le dije al director de la escuela. Nadie me hizo caso. Decían que esas cosas en una escuela tan antigua nunca pasaban. Además, él era un hombre casado, con hijos, que yo malinterpretaba sus miradas. Pero siempre estaba ahí, siempre, siempre ¿Saben? Me miraba a la hora de entrar a clases y siempre encontraba un motivo para retenerme y llamarme la atención: que si el color de mi ropa o mi peinado, que si me había pintado los labios o que si llevaba cinco minutos de retraso. Siempre encontraba alguna falta para retenerme y mientras me regañaba, con su mirada recorría mi cuerpo. Yo les decía a mis amigos y ellos me preguntaban: “¿Te ha tocado?”. “No, no me ha tocado”. “Entonces...no te ha hecho nada”. No entendían lo que significaba, lo que era cargar esa mirada sobre mi cuerpo todo el tiempo. Su mirada que parecía tocarme, que parecía que

me ensuciaba, que me perseguía. Luego, comenzó a mirar todo el tiempo por la ventana del salón en donde yo tomaba mi clase, todo el tiempo vigilando si yo reía, si yo hablaba, si algún compañero me dirigía la palabra. No podía concentrarme en lo que me enseñaban mis maestros. Yo sólo pensaba y pensaba en la forma de esconderme de esa mirada que me agredía.

Solamente algunas compañeras se dieron cuenta de la mirada, a algunas también las había molestado en algún momento. Mis calificaciones fueron malas ese período. Mi familia me regañó, me decían que yo no me interesaba por los estudios, que era una malagradecida por no aprovechar la oportunidad que me daban de estudiar. No aguanté que mis padres no entendieran. Solamente me negué a ir de nuevo a la escuela. Mi familia me llamó floja, me llamó burra, tonta, me llamaron estúpida. No intenté decirles que no era que no quisiera estudiar, si no que no podía estudiar, que una mirada me lastimaba, me lastimaba aquí en el pecho, que me hacía sentir mal con mi cuerpo y que esa mirada me hacía preferir dejar la escuela que tener que seguir soportando. Todavía hoy no han querido entender, cuando intentó explicar a mi familia lo que pasó.

Juli – Cuando yo era niña, me gustaba jugar al fútbol, subirme a los árboles y poder salir a jugar a la calle a todas horas, como salían los niños porque las niñas no nos dejaban igual; era respondona y no me gustaba usar vestidos tontos ni moños en la cabeza,

Mis tíos y mi padre se burlaban de mí. Primero, decían que yo era machorra o me decían marimacha con desprecio.

Un día, vino una de mis tías y dijo que yo quería convertirme en niño, que quería ser hombre cuando creciera. Lloré de rabia. Yo no quería ser hombre. Para qué, para qué ser uno de esos groseros, patanes, que imponían en la casa lo que debía hacerse. Yo no quería ser hombre, sólo quería poder jugar y trepar árboles y decir lo que opinaba y poder moverme cómodamente. Yo quería ser libre.

Pero no quisieron escuchar. Se siguieron burlando de mí, me siguieron llamando “machito” por años. Cuando cumplí 16 años, tampoco quisieron escuchar cuando les dije que mi tío se quería meter por las noches a mi recámara, o que me espiaba cuando me bañaba. Dijeron que yo mentía, que inventaba, que en mi familia no pasaban esas

cosas.

Un poco después de eso, la directora de mi escuela llamó a mis papás, para decirles que habían descubierto que yo tenía una novia, que se llamaba Lucia y que era compañera de mi salón y que tenía 16 años como yo.

Cuando llegamos a la casa, todos mis familiares estaban reunidos y muy alterados. Mi madre me dio una bofetada y se puso a llorar. Mi padre me dijo que nunca iba a poder ser un hombre y le dije que no, que yo no quería ser hombre. Que le gustara o no tenía que reconocer que yo era lesbiana. Lesbiana, que amaba a Lucia y que no me importaba que él se molestara.

Se tapó los oídos, no quería escucharlo, no quería saberlo.

Soy lesbiana y no me avergüenza, soy lesbiana, ¿puedes entenderlo?

Mis tías se pusieron a llorar y a rezar. Entonces, mi tío, el acosador, dijo a todos que salieran de la sala, que él iba a hablar conmigo. Cerró con llave la puerta y me dio un golpe primero con el puño que me aturdió y siguió golpeándome hasta romperme la boca.

Grité, pero nadie quiso venir a ayudarme.

Escuché a una tía rezando en el otro cuarto.

. ¿Te gustan las viejas? ¿Te gustan? -, Me gritaba mi tío.

Me bajó los pantalones.

- “A ver, enséñame en dónde tienes el pito para coger con mujeres”.

Le rompí el teléfono en la cabeza, me subí los pantalones, le di tres patadas ben puestas en el estómago y, mientras estaba tirado en el piso, me escapé por la ventana.

Fui por la Lucía que sí quiso y se vino a la ciudad conmigo, hace ya casi seis años que nos fuimos. No me arrepiento, ahora, además tenemos una niña para criarla nosotras. Tenemos mejor vida que cuando en la escuela teníamos que escondernos. A veces, extraño a mi madre y, a veces, pasamos las dos muchas necesidades, pero no voy a volver a donde fingen estar sordos.

Ale- Yo tenía un novio, parecía que todo era maravilloso, era de la misma calle en donde yo vivía y toda la gente pensaba que éramos la pareja ideal. Luego, un día, me dio una cachetada por ya no me acuerdo de que razón. Me pidió perdón, pero luego me pellizcaba cada vez que yo no decía o hacía lo que él quería. Comencé a utilizar ropa con mangas largas para que no se vieran las marcas, nadie

se diera cuenta, pero un día en que llegué tarde quince minutos, me puso las manos en el cuello, me dijo que yo tenía un amante y apretó hasta casi dejarme sin aire. Yo me asusté mucho y no sé cómo logré soltarme. Me fui corriendo por las calles hasta que llegué a donde había una patrulla y le dije al policía lo que había pasado. El oficial me miró con desprecio:

-No estoy para arreglar líos de novios. Tú tranquila. Total, luego lo Vas a perdonar y yo sólo habré perdido mi tiempo levantando una denuncia. Déjame trabajar en cosas más importantes.

Mi novio me pidió disculpas, me regaló un collar de plata y se portó bien un tiempo. Sin embargo, llegó el día en que me amenazó con un cuchillo. Tuve tanto miedo, mucho. Yo temblaba porque pensé que me mataría en ese momento. Simulé perdonarlo de nuevo, pero al día siguiente hice mi maleta y me vine a un lugar distinto, con gente distinta y en donde él no puede encontrarme.

Concha- Lo dicho, no nos escuchan. Ni en las escuelas, ni en las casas, ni las autoridades.

Juli- Mientras tanto nosotras aquí con la impotencia de no poder ayudar a Reina, de saber que el desgraciado ese de Don Luis puede estar agrediéndola.

Susana- Tú lo has dicho, Juli, Pu-e-de, PUEDE estar pasando. Qué tal que estamos haciendo una tormenta en un vaso con agua y en realidad nos encerró sólo para molestarnos, sólo como una broma. Tenemos que esperar a ver qué sucede.

Concha- No, Susana. Tú sabes que lo que hoy está ocurriendo no es normal. Algo malo está pasando.

Ale- Si tuviéramos un teléfono, pero aquí no nos dejan entrar con celular y la oficina está cerrada. Es una emergencia y no tenemos modo de pedir ayuda. ¿Qué tal que hubiera un incendio, cómo avisábamos? ¿Se acuerdan lo que pasó hace unos años en Coppel, las trabajadoras encerradas por el gerente y no pudieron sacarlas a tiempo y como se murieron quemadas?

Juli- ¿Y si intentamos escapar por la ventana?

Susana- Claro, desde un tercer piso. No estoy loca.

Ale- Se escuchan ruidos afuera, córranle. Están descorriendo los candados.

(Todas van a sus lugares y acomodan telas, cortan hilos, o parecen prepararse a trabajar)

(Entra Reina caminando muy despacio, cabizbaja. Tiene las llaves en la mano y las avienta en el lugar de Don Luis. Luego, se dirige a su lugar)

Juli- ¿Estás bien, Reina? (se para a su lado)

Reina- Sí.

Concha- ¿De verdad estás bien? (Al otro lado de Reina)

Reina- No. (Estalla en llanto y esconde el rostro entre los brazos, sobre la máquina)

(Concha la abraza. Susana, Ale y Juli la rodean y la abrazan solidariamente)

Juli- ¿Qué vamos a hacer?

Concha- Tenemos que hacer algo. Reina, ¿Qué quieres que hagamos? ¿Qué necesitas?

Juli- Reina, si tú quieres, podemos...

Don Luis- (aparece de pronto) ¡A ver, bola de viejas argüenderas, ¡qué hacen ahí! ¡A sus lugares a trabajar, para eso les pago!

(Lo miran con odio por un segundo y luego Susana se va a sentar a su lugar, luego Ale y Concha. Juli y Don Luis continúan mirándose a los ojos)

Don Luis- ¿Se te perdió algo? ¿Por qué no vas a trabajar? ¿Quieres que te descuente el tiempo que te pasas huevoneando?

Juli- No. Sólo estoy preguntándole a Reina qué le pasa, porque la veo muy mal. (Mueve la cabeza y se va a su lugar)

Don Luis- Lo que le pase a Reina es su problema. Aquí venimos a chingarle. Órale, órale, moviditas. (Tronando los dedos)

Concha- Don Luis, Reina se siente mal, ¿por qué no la deja ir a su casa?

Don Luis- ¿Es cierto que te sientes mal, Reinita chula?

(Reina no se atreve ni a mirarlo)

Don Luis- ¿Te quieres ir a tu casa?

(Reina mueve la cabeza afirmando)

Ale- Déjela ir, Don Luis, y yo me quedo una hora más para cubrir su cuota.

Concha- Yo también me quedo.

Juli- Y yo.

Susana- Ándele, Don Luis.

Don Luis- Lárgate, pues, pero mañana te quiero aquí bien temprano.

(Reina deja su máquina y se quita la bata. Cuando va a salir Concha la detiene)

Concha- Espérate, Reina.

(Se levanta y va por un abrigo o gabardina larga y la cubre)

Concha- Qué te vaya bien, Reina, cuídate mucho. (La abraza)

(Reina sale)

Ale- Qué bueno que la cubriste, Concha, porque en la calle hay cada tipo que nada más se la pasa fastidiando a las mujeres.

Don Luis- Pues si las molestan en la calle, ha de ser porque a las mujeres les gusta vestirse como putas. Las damas, para que las respeten, deben de vestirse como damas.

Juli- ¿Cómo quiere que nos vistamos con Versace o con Cristian Dior?

Ale- Con lo que nos pagan aquí...

Don Luis- Si no te gusta lo que te pagan, llégale, mamacita. Afuera hay muchas que me agradecerían el trabajo.

Ale- (se pone de pie) Pues, mire, usted es un...

Concha- (La detiene) Ale, acuérdate, tienes dos niños que mantener.

(Ale y Luis se miran a los ojos hasta que Ale baja la mirada y regresa a su lugar)

Don Luis- Sí, Ale, acuérdate que tienes dos hijos que mantener. A chambear, todas, a chambear. (Se queda callado y parece que va a sentarse, pero luego regresa y señala con el dedo índice a las mujeres que están trabajando en sus máquinas)

Don Luis- Una cosa les digo y que les quede bien clara: Aquí no ha pasado nada. ¿Lo escuchan? Aquí no ha pasado nada.

(Telón)  
(Levanta telón)

(Están poniéndose las batas Ale, Susana y Juli. Concha está sentada ya con la bata puesta)

Ale- ¡Qué cansada estoy! Me duele todo el cuerpo. ¡Qué cabrón, ¡el Don Luis, nos dejó salir bien tarde ayer!

Susana- Sí, por poco ya no encuentro camión para irme a mi casa.

Juli- Hoy nos hace venir tan temprano, qué horror, me muero de sueño.

(Entra Reina despacio)

Ale- (Abrazando a Reina) Qué bueno que viniste, Reina.

Juli- ¿Cómo te sientes?

Susana- Yo pensaba que ya no venías, como te veías ayer tan mal.

Reina- Tengo que seguir viniendo. Seguir aguantando. No tengo dinero, no hay otra chamba... mi familia...mi familia... ¿Cómo les voy a decir?... ¿Qué les voy a decir? necesitamos mucho el dinero de este trabajo.

Ale- No tienes nada que explicar, Reina, lo entendemos bien. Si pudiéramos nosotras no

estaríamos aquí.

Concha- Yo sueño con ganarme la lotería para poder escupirle a Don Luis en la cara y poderme ir muy lejos, a otro lugar.

Juli- Bueno, pero no te vas a sacar la lotería y tenemos que hablar de lo que pasó ayer. Hay que hablar, hay que hacer algo.

Susana-Podemos decirles a los dueños, yo sé que viven en Europa.

Juli- A quién sea, pero hay que hacer algo.

(Se reúnen a hablar en voz baja)

Don Luis- Tengo que venir yo para que hagan su trabajo, verdad, si no, ni empiezan. Muévanse, muévanse que no tengo su tiempo.

(Comienzan a trabajar y pasa un rato)

Don Luis (Se pone a pasear por entre las mesas de trabajo, llama por celular, narra que está bien crudo a su interlocutor, se ríe a carcajadas, termina la llamada. Continúa su recorrido entre las máquinas y se detiene al lado de Reina)

- ¡Hola, hola, Reina! Pensé que no venías. ¡Se ve que te gusta trabajar aquí conmigo! ¿A poco no? (Se ríe de su propia broma. Toma el periódico, se sienta leerlo y todas siguen trabajando un rato).

Don Luis: (Se estira, se despereza, se rasca la entrepierna, observa a las empleadas una por una)  
-Juli vente conmigo a la oficina. Necesito que firmes unos papeles.

(Todas se miran unas a otras y Juli se pone de pie, pero se queda congelada no se mueve sólo mira hacia el frente)

Don Luis se levanta: -Vente mamacita, ándale

(En el momento en que Don Luis pasa cerca de Reina, ésta se levanta, se pone frente a él y lo amenaza con unas tijeras)

Reina- (sosteniendo sus tijeras) ¿A dónde cree que va?

Juli- Espera, Reina, tranquilízate.

Reina- (levanta las tijeras) ¿A dónde cree que va, maldito?

Don Luis- ¿Qué te pasa, Reina?

Reina- ¿Se cree muy valiente? Ahora sí, a ver, métase conmigo.

Don Luis- Bájale, Reina, a poco crees que le tengo miedo a unas tijeritas.

Reina- Pruebe, a ver, nomás intente pasar.

Don Luis- ¡Susana, quítale las tijeras. Esta pendeja cree que me puede desafiar! ¡De patitas en la calle! ¿Oíste? ¡Te me largas, te me largas! ¡Susana, a ver a qué horas, quítale las tijeras!

(Susana tiembla, se pone de pie, mira a Reina a los ojos, se para a su lado y empuña sus propias tijeras contra Don Luis)

Susana- Ya estuvo, Don Luis, no puede seguir haciendo de las suyas.

Reina- ¡Maldito, maldito! Usted va a pagar todo lo que hizo. Va a pagar. ¡No tiene derecho a tocarnos, ni a acosarnos, ni a agredirnos!

(Don Luis intenta retroceder, pero Juli y Concha se levantan con las tijeras en la mano y lo amenazan desde atrás)

Juli- ¿A dónde cree que va? ¡Ahora, a ver grítenos! ¡A ver, amenácenos!

Don Luis- ¿Están estúpidas o qué? ¡A la calle, a la calle todas! ¡Lárguense!

Juli- Ya no nos asustan tus gritos.

Ale (se acerca) - Ni tus insultos

Reina- Ya no le tengo miedo. ¿Me oye? Ya no le tengo miedo.

(Todas le acercan las tijeras)

Don Luis- Cuidadito todas, que le voy a contar esto

a la policía.

Juli- Nosotras vamos a llamar a la policía. Éste es un maldito abusador y todas vamos a decir lo que nos ha hecho.

Don Luis- Voy a decir que no me dejan ir, que me tienen secuestrado. Todas están locas. Pretenden asaltar y llevarse las telas. Voy a decir que me amenazaron con las tijeras.

Ale- ¿No que no les tenía miedo a unas tijeritas?

Concha- ¿Cuáles tijeras? Yo no veo ninguna tijera. Lo agarramos todas cuando intentaba atacar a Reina de nuevo y por eso lo detuvimos ¿Ya no se acuerdan?

Juli- Sí, hasta tuvimos que amarrarlo, en lo que llega la policía. (Juli le da sus tijeras a Concha y Susana a Alejandra. Lo atan y golpean)

Don Luis- ¡Basta, ya basta!

Alejandra- ¡Con ese pedazo de tela átale las manos!

Reina- ¡También las piernas, amárrenle las piernas!

Concha- ¡Bien fuerte. ¡Amarra bien fuerte ahí!

Don Luis- (atado y jadeante) ...Pero, muchachas, la empresa siempre ha sido generosa y ha visto por ustedes. Yo he sido como un padre, cuidándolas. Piensen en eso. Piensen en sus hijos, ¿en dónde van a conseguir un buen trabajo, ahora que hay crisis y no hay empleo?

Susana- No, si nosotras no vamos a perder el trabajo. ¿No ve que impedimos el robo que usted iba a cometer, Don Luis?

Cocha- Diga lo que quiera. Aquí somos cinco. La palabra de nosotras cinco contra un solo desgraciado.

Juli- Y si la policía no nos escucha, a ver cómo, pero hacemos un escándalo para que toda la gente sepa quién es usted. Vamos a los periódicos, cerramos la fábrica o lo que se tenga que hacer. Vamos a gritar y todo mundo tiene que escucharnos.

Susana- Ale, por favor llama a la policía

Don Luis- No. Ale, espera. A ver, mujeres, vamos a conversar. Qué es lo que quieren. Ale, ¿quieres una cunita para tu bebé? Podemos negociar. ¿No?

Alejandra- No. No queremos nada de usted, no queremos negociar.

Susana- Ale, llama a la policía, por favor.

Ale- Sí, no me tardo. (Sale)

Reina- Maldito, desgraciado, Va a pagar. Se lo juro.

(Empuña las tijeras y va caminando despacio hacia Don Luis mientras habla)

Reina- Usted...Tú, idiota, no vuelves a tocarme, no vuelves a tocar a ninguna... Maldito, maldito, maldito... vas a pagar, vas a pagar, ahora.

(Levanta la mano con las tijeras y la congela en el aire en dirección a la garganta de Don Luis)

Telón

(Las mujeres sin bata, alistándose para salir)

Concha- ¡Qué día, mujeres, qué día! Ya es de noche, bien noche y todo pasó en la mañana. Fue tan tardado, las declaraciones y todo eso. ¡Tan intenso!

Susana- Con los policías aquí, me sentía como en película.

Ale- Todas se la rifaron. Nadie metió la pata. Cada una de nosotras dijo lo que teníamos que decir. Ni cuando nos llevaron al Ministerio Público a declarar nos echamos para atrás.

Juli- Por lo pronto Don Luis ya no podrá hacernos nada. Ya pagó el maldito por sus fregaderas.

Concha- De todos modos, hay que estar bien listas, atentas. Después de éste van a poner otro supervisor o luego va a llegar otro jefe o quién sabe de dónde puede venir, pero hay muchos "Luises" por todos lados.

Juli- La diferencia es que ahora ya no les vamos a tener miedo. Nos vamos a apoyar unas a otras, a

ver quién vuelve a hacernos algo.

Reina- Ahora sé de lo que soy capaz

Susana- De lo que somos capaces, Reina, que no eres tú sola. Nunca imaginé que yo pudiera ser así, hacer algo así, de defendernos, pues.

Ale- Sí, quién sabe qué nos pasó. Es una historia para contar a nuestros nietos.

Susana- No. Ale, No hay que contarle a nadie. Esto no se puede saber, puede meternos en graves problemas. Hay que jurar entre nosotras guardar silencio para siempre.

Juli- Hay que guardar silencio, por ahora. Mientras duran las investigaciones de la policía y se calman las cosas, pero después hay que contarles a otras mujeres, a nuestras hijas, a nuestras nietas, a nuestras sobrinas. Decirles lo que hicimos, que no fue fácil, pero teníamos que hacerlo. No podíamos seguir así.

Concha- Hay que decir cómo nos defendimos, cómo nos cuidamos entre todas, cómo después supimos hacer bien las cosas, cómo nos pusimos de acuerdo.

Ale- Sí, Susa. Yo no me avergüenzo. Fue algo que no hubiera hecho en otras circunstancias, pero se trataba de proteger a mis compañeras, de protegerme a mí. No me arrepiento.

Reina- Yo estoy todavía nerviosa.

Ale- Yo estoy como emocionada, pero también tengo muchas ganas de llorar.

Juli- Es normal. Yo también tengo como un nudo aquí, en el estómago. Lo que hicimos fue definitivo, nadie se puede echar para atrás. Las declaraciones ante la ley ya están hechas y lo que pasó, ya pasó.

Ale- ¿Qué tienes Concha? ¿Quieres llorar también?

Concha- No. No sé. Siento que no voy a poder dormir en muchos días.

Susa- Yo tampoco. Se me grabaron sus ojos de miedo. Al final nos tuvo miedo, pero Luis merecía lo que pasó, tú sabes que nadie más nos iba a ayudar

que se trataba de resolver para bien de nosotras o él se saldría con la suya...

Concha- No pienso en él. Yo sé que lo que pasó se lo merecía. ¿Saben una cosa? Lo volvería a hacer. En lo que pienso es en nosotras, creo que hoy hicimos algo importante. Algo como de justicia.

Juli- Ya no podíamos soportar más.

Ale- Esto crea un lazo, una unión entre nosotras. De aquí en adelante podemos hacer muchas cosas juntas.

Susana- Quién sabe, después podemos hacer un sindicato.

(Todas le sonríen, le tocan la espalda. ¡Bien Susi!, ¡Bravo!)

Reina- ¡O nuestra propia cooperativa!

(¡Eso! Le aplauden)

Concha: Yo no sé ustedes, pero yo necesito un abrazo.

(Se abrazan unas a otras)

Juli- Ahora vámonos, vámonos, ¡que nos deja el camión!

Susa- ¡Es cierto, vámonos, vámonos! ¡Mañana es otro comienzo!

Telón ●